



Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"



1º PREMIO PROSA 2.005

EN UN LUGAR DE LA BAHÍA de cuyo nombre no puedo acordarme...

Por Esyra.

Si están los gallegos hartos
de manchas y chapapotes,
nosotros estamos en la Mancha
hasta los huevos de Don Quijote.
(Don Quijote concertantes y colorantes. Chirigota)

¿Cómo que no puedes acordarte del lugar?
¡Cádiz, carajote,
-blam, blam-
que también rima
con Don Quijote!
(Posdata falsamente atribuida a "El Bati")

Repare vuesa merced, señor don Quijote, que desde que hemos salido de la niebla, empecé a notar un agujero y un rumor en las mis tripas como si hiciera cuatrocientos años que no comiese.

- *Dices bien, Sancho amigo, que también yo percibo el brazo y otras demás parte de este mi maltrecho cuerpo cuajadas de un hormigueo doloroso, una desazón como la que deja la holganza duradera. Y el caso es que exprimiendo la memoria sólo hayo, y como muy lejano, el malhadado encuentro con el Caballero de la Blanca Luna junto a un mar como éste y en unas arenas como las que ahoya hollan las pezuñas de Rocinante y tu rucio.*
- *¡Quite de acá esas comparaciones, mi señor! Será que me traen mal memoria las otras arenas que Dios las pierda, pero estas me parecen más finas y hasta el mar, más amplio y este viento...*
- *¡Este viento es un incordio infernal!- le interrumpió el caballero escupiendo arena por la boca de la celada- Créeme bien Sancho, seguro que Frestón ha preparado otro encantamiento y nos ha vuelto a traer aquí para que de nuevo me humille el tal caballero, Moguer... ¡voto a Satanás si esta vez no hago morder el polvo a ambos!*
- *Podría ser, mi señor, podría ser pero no me casan en la supuesta repetición de la aventura estos fríos de hoy, ni estas como torres enormes que a vuestra diestra se levantan, ni mucho menos el sol que hacia Poniente, apoco se hundirá en la mar oceana cuando de ella lo vimos salir en nuestra andanza de antaño en tierras catalanas. Mucho poder sería el del tal "Fresón" si a su gusto puede cambiar del rey del cielo, la cama por la aurora.*

En efecto, llevaban ya rato, desde su repentina aparición allá por Cortadura pasando con extrañeza junto a los bloques de apartamentos que se asoman al mar y los pocos paisanos que desde el



Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"

paseo marítimo los contemplaban no parecían extrañarse de su extemporánea presencia. Era Febrero y la gente de Cádiz, acostumbrada a ver resucitar por carnavales a santos y a demonios, a hombres y dioses, no encontraba nada de extraordinario en la cabalgada de la renacida pareja. Puso en fin Don Quijote, a la altura de Balneario, rumbo hacia tierra adentro buscando abrigo del viento y del frío, teniendo que parar más de dos y tres veces a calmar las angustias de Sancho, ora asustado por el luciferino reflejo del sol en las cristaleras de hotel, ora aterrorizado por el ruido y la velocidad con los que les adelantaban tronando "aquellos caballos de metal" que parecían multiplicarse en aquellos parajes.

-No temas, mi buen Sancho. Infinitos son, en efecto, el poder de Frestón y los engaños a los que puede llevarnos si nos fiamos únicamente de lo que los ojos del cuerpo ven. Serena tus azogues y temblores que mientras estés junto a mí, nada infernal ni humano podrá hacerte daño sin antes medirse con esta mi espada.

-Témome, señor, que mucho ha de trabajar vuestro brazo para deshacer este nuevo entuerto tan extraño, pues...

-¿Ves, Sancho, esa turbamulta que se agolpa bajo la muralla? No veo la hora de acudir allá y saber su naturaleza.

-La multitud véola, mi señor don Quijote, pero ni veo la tal muralla que decís ni mucho menos se me ocurre-"no todos tienen cuerpo para chaleco" y menos yo- el propósito para el como tal turba se haya juntado.

Sin responder nada, don Quijote picó espuelas hacia la Avenida donde la gente se agolpaba al paso de la tradicional cabalgata carnavalesca. Al llegar el manchego a la fila, apareció como por arte de magia un guardia municipal que a golpe de silbato abrió la multitud dejando paso al caballero y al rezagado escudero hasta el interior del desfile. Sancho volvió a temblar mientras don Quijote se las deseaba para detener los saltos nerviosos de Rocinante. El público empezó a corear: "¡Que bonito, que bonito!" y "¡Esto es carnaval!" mientras una copiosa lluvia de papelillos y serpentinillas asombraba a la universal pareja.

-¿Qué ocurre, mi señor, que cada vez entiendo menos?. Para mi santiguada que ahora pareceme que el mundo entero se haya contagiado de la locura que a vuesa merced atribuye el tal cronista "Cide Jameti Berenjena".

-No, mi fiel Sancho – contestó por fin D. Quijote que, una vez aquietado el jamelgo, saludaba con la adarga abrazada -¿Cuán se nota que la poca sal de tu mollera no alcanza a entender nada de aventuras ni de proezas de caballeros! Lo que ocurre es que el mago Frestón ha dado en fin en rendirse al ver que mi valor no se arruga antes sus añagazas y esta multitud, liberada de su poder, nos rinde pleitesía con estos parabienes y albricias.

-¿Parabienes y albricias, decís? Debe ser que "el miedo tiene malas entendederas" o que "el miedo y el amor, todo lo hacen mayor" pero buen trabajo cuesta entender qué dicen, si es castellano lo que en estas tierras hablan. Ya he escuchado al menos tres veces "¡¡C'arte tiene, pisha!! O "¡¡Yerquenodigole quezelezeuqe lallerbagüena!!" y que todo el mundo a una grita "¡¡Ole,ole yole!!" y da palmas pero no sé a qué se refieren.

-¿Por los nueve de la Fama!- gritó el también llamado Caballero de los Leones- ¡Que me lleven los demonios si ese de delante no es, redivivo, el gigante Pandafilando de la Fosca Vista que desafía moviendo mil brazos!

-¿"Fanpadilando", decís? ¡ Ay, por el hábito de San Pedro, mire bien, mi señor, que la última vez que escuché tal nombre terminó vuesa merced enjaulado y yo sin ínsula que gobernar!. Que sólo "el burro dos veces tropieza en la misma piedra" y será que"ojos que no ven, corazón que no sufre" pero



Peña Cultural y Carnavalesca
"La Salle-Viña"

en la dirección que indicáis sólo veo yo un carro, enorme eso sí, donde un grupo de hombre cantan y agita los brazos como si en ello la vida les fuera.

-Frestón te ciega, necio refranero y enredador, pero a fe que esta vez mandaré a ese jayán a las calderas si...

La llegada a galope de Don Quijote cerca de la batea interrumpió la cuerda del tango naciente.

-¡A Dios pongo por testigo, follón maldito, que si en el acto no reconocéis que Dulcinea es la flor más bella de estas tierras, de nuevo os mandaré de cabeza al infierno!-gritó al aire D. Alonso fuera de sí.

-¡"Bati", con el morazo, cohones!- respondió riendo mientras se atusaba el frondoso mostacho, un individuo gordo que, con un guiño, pareció dirigir a todos los demás-Señores, vamos a cantarle al "Batidora" la de Dulcinea.

Tras el "bram, bram, bram" de rigor, cuarenta voces a una empezaron a cantar como si tal:
"¡Dulcinea, mi rosita temprana, la flor más linda de la Castilla, asómate a la ventana, paloma del alma mía. Pa' cantarte..."

Una lágrima solitaria exploró el hirsuto rostro del caballero que cerraba los ojos para mejor beber la lírica: Por fin una aventura sólida y gloriosa, por fin un gigante derrotado que poner a los pies de su amada, por fin cobraban sentido cuatrocientos años de olvidos, palos y hambres. Cuando volvió a su ser, empero, Sancho le acercaba una copa de cristal con néctar amarillo y donde estuvo retador Pandafilando, sólo vio rostros amigos.

Más de tres horas pasearon en triunfal cabalgada y cuando el cortejo se deshizo siguieron hacia Poniente. Atravesaron una ciudad que supieron era Cádiz por un romancero ciego que en una calleja desgranaba sus cómicas miserias y aunque en su deambular tropezaron con otros demonios, dioses, héroes y mortales, Don Quijote, prendida la sonrisa de las coplas, la gente y el bálsamo amarillo que en cada esquina le ofrecían, no desenvainó espada ni dispuso lanza ni usó más arma que la crítica mordaz de su escudero.

Cuando tras atravesar una señalada "viña" sin cepas, desaparecían de nuevo en la niebla justo bajo un arco que sobre el mar les llevaría hacia un castillo cercano donde pensaban buscar acomodo, Sancho, al que el bálsamo de *Finoquinta*- tal nombre le dieron los nativos- parecía haberle otorgado el don de lenguas, epilogó:

-¡Quebonito, pisha! ¿Sabe, vuesa merced? Valió la pena dormir y despertar a los cuatro siglos para verlo...

JUAN LUIS RINCÓN ARES